

Un derroche de oficio

Carlomagno Venegas

En la escultura costarricense se está viviendo un momento muy importante: se definen dos tendencias, la realista y la figurativa abstracta, cuyos maestros foráneos son guías espirituales.

Lo anterior es inevitable en un país pequeño como el nuestro, debido al fenómeno del acercamiento por los medios de comunicación y por haber tenido una burbuja en el tiempo en que se nos hacía pensar que todo lo foráneo era mejor. Por esta razón, por la falta de agallas de no solidarizarnos con lo que tenemos, y por haber partido de lo más sencillo y oculto que nos hace valer, por esta razón, si hablamos de la escultura, no podemos negar a maestros visionarios de allende fronteras que nos iluminan el camino y que en algunos casos nos recuerdan lo que somos, quiénes somos y hacia dónde vamos. Son los que nos "han robado" nuestras culturas ancestrales.

Si partimos de los años 60 hacia acá, diré que nuestra escultura realista se entronca con la escuela mexicana. Concretamente con el maestro Francisco Zúñiga, más los europeos Manzú y Rodin. En cuanto a la corriente figu-

rativa-abstracta, los maestros presentes —auténticos guías— son Brancussi, Moore y los cubistas.

Entonces aparecieron Néstor Zeledón Guzmán y Hernán González. Néstor, fiel representante de todos los estilos y tendencias que podía intuir y que venían de fuera, pero... por falta de solidez consigo mismo no logra concretizar sus aspiraciones. Sin embargo, nos deja un gran legado: lo que no se debe hacer en escultura. Hernán, como filósofo frustrado —según cariñosamente lo llama Luis Ferrero Acosta— profundiza en las enseñanzas de Brancussi, ligado a cierto sentimiento de un alma nacional reflejada en sus concreciones animales; él nos ha hecho ver la esencia que debe tener la escultura de adentro hacia afuera. Lástima que Hernán González en los últimos años es un poco vagabundo con el quehacer escultórico.

Ya en los 70 aparecen Carlomagno Venegas, Miguel Ángel Brenes y Crisanto Badilla. De Carlomagno es mejor no hablar ahora porque soy yo, el que escribe estas líneas; sólo diré que se ha planteado una escultura diferente a la de Brenes y Badilla. Estos dos representan la escuela realista, muy ligada con Zúñiga, a

quien han tenido por maestro. También se concentran en lo que ellos han dado en llamar "un alma de la Heredia natal que trascienda a lo universal y que pueda ser valedera".

Y en la presente década de los 80 hay cuatro vocaciones fuertes. Son ellos: Fernando Calvo, quien le debe mucho a Rodin y a Zúñiga; Mario Parra, el extrovertido; José Aquiles Jiménez, el introvertido, y José Sancho, quien es el punto central de este comentario.

Tengo mi estudio-taller a escasos 50 metros del rincón o "altar" de José Sancho. El único inconveniente de nuestra vecindad es que este colega me despierta todos los días estropeando mis "madrugadas". Emprende él su quehacer escultórico a las 6 a.m. Me despiertan sus mazazos, a veces sus máquinas lijadoras o sus sierras de motor, o sus ruidos de martillos neumáticos. Son ruidos normales en lo cotidiano de este artista, a quien dichosamente le entró el gusanillo del arte muy profundo. Ha comprendido él que el oficio de la escultura es única razón de ser o su única oración entre el Sancho existencial y un ente superior.

Sancho ha reunido parte de su trabajo de los tres últimos años. Lo expone en la Plaza de la

Un derroche de oficio

Viene de la pág. 1era

Cultura. Son obras que reflejan fielmente a su creador. Los que conocemos al Sancho hombre-escultor así lo percibimos. Sancho es un investigador de materiales, refina los pulimentos. Es intelectual en los logros de sus síntesis tanto en la figura humana como en los animales, que son las dos caras importantes de su obra. En cierta faceta concerniente a los animales, nos presenta piezas logradas esencialmente con ternura; tal el amor que él siente por la naturaleza. Con la figura humana atesora profundos conocimientos del arte prehispánico, la rigidez del arte negro y, en ciertas obras, la síntesis y esencias de Brancusi. Estas son "influencias" o enriquecimientos positivos e inevitables que un escultor de su talento y sensibilidad no debe dejar de asimilar.

En fin, con esta exposición Sancho nos deja un legado: la suya es una escultura calculada, pensada, refinada. Es un derroche de oficio y gusto por los materiales.

Más no cabe duda de que el escultor Sancho ya ha dado aportes importantes de cómo se debe ejecutar una escultura "limpia". Y ahora nos muestra su propia síntesis y sus asomos en una escultura esencial,

sobre todo lo que debe ser una escultura comprometida con el artista mismo, ligado a una realidad muy suya a un medio que lo rodea, de un ser que tiene derecho a vivir y esperar una verdad, la que debe sentir cada quien por derecho propio, porque cada hombre consciente de una realidad existencial debe manifestarse.

José Sancho, como escultor es joven. Su obra es reciente. Pero es hombre maduro y tiene muchas más cosas que brindarnos. Tiene todos los medios a su haber para darnos en un futuro una obra más concentrada. Quedamos a la espera, con esa angustia de saber si en el futuro se decidirá por la síntesis en la figura humana y en los animales, o si nos brindará una escultura más esencial, con más vida interior. Quizás nos pueda dar unas formas nuevas, tiernamente desgarradas o brutalmente sublimes, obras sentidas de adentro hacia fuera y no terriblemente calculadas. Seguros estamos de que Sancho puede darnos en un futuro cercano su propia concepción en texturas; puede salirse con un pulimento no convencional; una composición diferente y un sello necesario y definitivo, que tiene derecho y obligación de ejecutar cada escultor.